



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TERCER TOMO

ESPAÑOLES

<p>SRAS. D.^a GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.— D.^a ANGELA GRASSI.—EXCMOS. SRES. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.—D. JUAN DE LA PE- ZUELA, CONDE DE CHESTE.—D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.—D. EUGENIO DE OCHOA.— D. CÁNDIDO NOCEDAL.—D. MANUEL SILVELA.— D. MANUEL DE SEIJAS LOZANO (Q. E. P. D.)— SRES. D. CAYETANO ROSELL.—D. MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE (Q. E. P. D.)—D. LUIS MA- RIANO DE LARRA.—D. MARIANO CARDERERA.— D. ANTONIO DE TRUEBA.—D. ANTONIO ARNAO.</p>	<p>DON FERNANDO FULGOSIO.—D. JUAN CANCIO MENA.—D. JULIAN ROMEA (Q. E. P. D.)— D. PEDRO DÓMINGO MONTES.—D. TEODORO GUERRERO.—D. RICARDO SEPÚLVEDA.—DON SILVERIO FALCON.—D. ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.—D. FRANCISCO DE LA CORTINA.— D. RICARDO MOLY DE BAÑOS.—D. EDUARDO THULLIER.—D. FÉLIX UBILLOS.—D. F. VAR- GAS.—D. M. J. PASCUAL.—D. EDUARDO ZAMORA Y CABALLERO.—D. F. ROVIRA Y AGUILAR.— D. A. CASTILLA.—D. CÁRLOS FRONTAURA.</p>
---	---

EXTRANJEROS

DR. JONATHAM FRANKLIN.—MR. LEMOINE.—MR. E. MULLER.

DIBUJANTES

SRES. RIVERA.—ORTEGO.—PADRÓ.—JIMENEZ.—MIRANDA.

GRABADORES

SRES. BÚRGOS, CAPÚZ Y TRAVER.



PRECIO DE LA SUSCRICION.

	En Madrid.	En Provincias.	En el Extranjero.	En América.
Un trimestre.....	12 rs.	15 rs.	»	»
Un semestre.....	22	28	»	»
Un año.....	40	50	18 frs.	5 1/2 ps. fs.
Un tomo encuadernado...	24	30	»	»

MADRID.—IMPRENTA DE LOS NIÑOS, CALLE DEL CID, NÚM. 4. (RECOLETOS).

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CARLOS FRONTAURA

CON LA COLABORACION

DE LOS MÁS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS



TOMO III

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE ENERO HASTA FIN DE JUNIO)

MADRID
ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS
PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2

—
MDCCLXXI



AÑO DE 1871

(ENERO)

Al entrar en el año de 1871, no juzgamos ageno de la índole de esta publicación periódica dedicada á los niños, escribir una série de artículos, ó sea una breve reseña de la significación etimológica de cada uno de los meses del año.

Con respecto al de Enero, su historia es bien concisa: su origen nada remoto, aunque figura el primero entre los doce.

Los romanos comenzaban el año en primero de Marzo; pero Numa Pompilio alteró esta práctica consagrando al Dios Jano el mes de Enero bajo el nombre de *Januarius*, y con sus atributos de dos caras, para demostrar que con la una miraba al año que salía y con la otra al que entraba.

La figura de un cónsul colocando incienso sobre el fuego destinado al altar de Jano, y un gallo que á su lado le miraba, representaban el pensamiento de que el sacrificio debía hacerse en

la madrugada del primer dia del año.

Sin embargo de todo esto, hay otros que pretenden que la palabra *Jannuarius* deriva de la voz *Janua*, que significa puerta, toda vez que esta se cierra al año que concluye y se abre al que empieza.

Entra en este mes el sol en el signo del zodiaco que debe imaginarse como una gran faja desplegada en la esfera en forma circular, y cuyo espacio recorren los planetas ya acercándose, ya alejándose del ecuador.

La mitad de este gran círculo corresponde á la parte septentrional de la esfera, y la otra mitad á la parte meridional.

La *elíptica* cruza á lo largo por el centro; y en toda esta banda se encuentran infinidad de estrellas, en grupos diversos que guarnecen el círculo del *zodiaco*, y que se conocen bajo el título de *constelaciones*, y con los nombres de *Aries*, *Tauro*, *Géminis*,

Cancer, Leo, Virgo, Escorpion, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis.

Considerando ya este mes bajo los puntos de vista indicados, réstanos solo añadir el respectivo á la parte religiosa.

La iglesia celebra en el memorable dia primero de Enero la Circuncision del Redentor del mundo. En tan cruenta ceremonia impuesta á los hijos del pueblo escogido, y símbolo del bautismo de la nueva ley, tomó el augusto nombre de *Jesús*, que quiere decir Sal-

vador, como lo fué en efecto de la humanidad entera.

La historia en este dia, primero del año, nos ofrece tambien algunos hechos de la mas alta importancia; entre varios, recordamos la toma de Granada por los Reyes católicos el primero de Enero de 1492, y la abdicacion del emperador Carlos V en favor de su hijo D. Felipe II, en igual fecha de 1556.

M. J. PASCUAL.

AL ACOSTARSE (ORACION PARA LOS NIÑOS.)

I

Angel de la guarda,
vela mientras duermo;
libra á mi inocencia
de los malos sueños;
para que el descanso
dé con el silencio,
paz segura al alma
y vigor al cuerpo.

II

Angel de la guarda,
dulce mensajero,
si á otros velar puedes
tiende pues tu vuelo.
Con tus alas cubre
á los niños huérfanos,
y al que tiene frio,
y al que llora enfermo.

III

Angel de la guarda,
como por los buenos
vela por los malos;
prógimos son nuestros.
Diles al oido,
cuando estén durmiendo,
cosas que los vuelvan
al camino recto.

IV

Angel de la guarda,
los que el ser me dieron
duerman al amparo
de tu santo celo.
Para que conmigo
puedan cantar ellos,
himnos á El que llena
todo el universo.

VENTURA RUIZ AGUILERA.





EL PASTOR

Ya el sol en róseo celaje
por el oriente se anuncie;
ya, desde el cénit, sus rayos
la esfera en fulgor inunden;

Ya descienda al occidente
velado en cárdenas nubes,
de dejar nuestro hemisferio
con secreta pesadumbre;

Cuando la calma sonríe;
cuando la tormenta ruga;
cuando susurran las mieses;
cuando nieve el campo cubre;

Siempre vigilante, y lleno
de afanosas inquietudes
porque corderos y ovejas
su voz paternal escuchen;

Dè fieles canes seguido
que con él velan y sufren
celosos de que el ganado
rapaces lobos no turben;

Vive el pastor en su guarda,
guarda que solo interrumpe
para pedir á los cielos
que le protejan y ayuden.

¡Cuán grato es ver de sus ojos
en la tierna mansedumbre
la fé de un amor que nunca
ni se cansa ni sucumbe!

¡Cómo su rostro se inflama
cuando suelta honda sacude,
ó el duro cayado blande
ante el cuál las fieras huyen!

¡Qué feliz cuando al influjo
de previsora costumbre
su grey aleja de pastos
que letal ponzoña encubren!

¡Oh pastor! Todos los buenos
con respeto te saluden,
porque en ese verde campo,
bajo esos cielos azules,

Tú simbolizas el padre
qué amor en su pecho nutre;
tú el rey que á su pueblo guarda
como poderoso numen;

Y eres, sobre todo, emblema
de aquel varon de virtudes
que, vicario de Dios vivo,
los fieles á Dios conduce.

ANTONIO ARNAO.

HISTORIA DE UNA VELETA Y DE UN RELÓ DE SOL



—¡Qué existencia la mía! nunca tengo un momento de reposo! murmuró la Veleta que, empingorotada sobre el campanario de la iglesia de un pueblo no lejos del mar, acababa de volver bruscamente bajo la influencia de un golpe de aire y estaba justamente irritada. Mi destino, continuó diciendo, es dar vueltas sin cesar, á merced de cualquier airecillo atrevido de los que cruzan estas regiones. Y si me lo agradeciera alguien, menos mal, pero sí, que si quieres. —«Esa maldita veleta anuncia viento norte, murmuraba el domingo una vieja que atravesaba el cementerio para entrar en la iglesia, —ya sé yo por qué me aprieta estos días el reumatismo.» Pues hace dos ó tres días, un labrador que pasaba caballero en su mula, se detuvo á hablar con el sacristán y le dijo: —«Mira, mira la veleta... Condenada, otra vez anuncia lluvia.»

Vamos á ver, ¿qué culpa tengo yo de que el aire venga de este lado ó del otro, y de que sea favorable ó contrario á los deseos de la gente? ¿He elegido yo por ventura mi destino? ¿Quién puede figurarse que si yo fuera dueña de mí, me estaría en estas alturas balanceándome adelante, atrás, á derecha, á izquierda, todo el santo día y toda la santa noche? Mejor hubiera querido la existencia tranquila y apacible de mi apreciable amigo el cuadrante solar que duerme ahí bajo, sobre su pedestal. Esa sí que es una vida regada y digna de envidia.

—Pero qué charlatana es este diablo de veleta mi vecina! dijo el cuadrante

que estaba contemplando el campanario. Me hace reír, aunque desde esta mañana no ha llegado á mí un solo rayo de luz. ¿De qué diablos hablará sola todo el día? Bien es verdad que la vida activa que trae no dejará de proporcionarle motivo de hablar los imposibles. Hará sus reflexiones sobre todo lo que vé á un lado y á otro, arriba y abajo. ¡Cuánto daría yo por estar en su lugar! ¡Ay! yo no me puedo mover, mientras que ella parece que ha resuelto el problema del movimiento continuo. Me parece que ahora me ha nombrado; voy á preguntarla si se le ofrece algo.

—¡Eh! doña Veleta, la de arriba, ¿qué le pasa á Vd.?... ¿Ocurre algo de nuevo por esas alturas? Hágame Vd. el favor de contármelo, porque hace dos días, con este tiempo tan nublado, estoy tan aburrido como no se puede usted figurar. ¿De qué hablaba Vd.?

—Amigo mio, contestó la Veleta, no tengo nada agradable que decir á Vd. Al contrario, estoy de un humor de todos los diablos.

—¿Vd.?... ¿es posible? Vd. tan divertida siempre...

—Mucho, muy divertida.

—Digo, la vida activa, alegre, variada, que Vd. lleva no es para estar triste.

—Parece que se está Vd. burlando. Pues sepa Vd. que no me divierte nada estar aquí á disposición de todo aire que pasa y me lleva y me trae á su antojo. «¿Me vé Vd. alguna vez en reposo? La que Vd. llama una vida activa y alegre la llamo yo una vida de

trabajo y de fatiga. Me desvelo por servir á una gente ingrata que me paga con injurias. Pero Vd. que goza una vida pacífica y sossegada, que permanece Vd. firme é impasible en medio de las mas violentas tempestades, no puede comprender este cansancio que me enerva y desespera. En vano intentaria explicar las angustias de mi agitada vida á quien vive perfectamente en el paraiso del reposo.

—¡El paraiso del reposo! exclamó el reló de sol, ¡qué bonito! ¿Cómo se atreve Vd. á llamar así la negacion de la vida? Inmóvil, incapaz de servir de nada, inútil, estoy á la merced de las nubes y de las sombras de la noche; no puedo cumplir mi destino mas que durante las estaciones, muy cortas en los mejores años, en que el sol envia sus rayos hasta mí. Y cuando por casualidad el ástro del dia me sonríe y cumplo mi deber, es raro que se aproxime alguno á aprovechar la enseñanza que estoy encargado de ofrecerle. Los demás relojes me hacen una competencia implacable. Ya estoy cansado de la noche, ya estoy hartado de las nubes, y de los transeuntes que no se acercan á consultarme. Quisiera poder siquiera una hora, gozar la existencia agitada y activa de que Vd. se queja.

—¡Cosa estraña! exclamó la Veleta. En lugar de felicitarse Vd. de esa dulce tranquilidad suspira por esta agitacion que me desespera, y yo quisiera poder durante un dia, á lo menos, disfrutar esa calma tan apacible que usted maldice.

—Ese deseo prueba que no tiene Vd. ninguna idea práctica acerca de la naturaleza de este reposo, dijo el Cuadrante.

—Lo mismo iba á decir yo á usted. Se necesita ser muy ciego é ignorante para envidiar una posicion como la mia.

—Entonces, murmuró el Cuadrante, convengamos en que usted y yo estamos malditísimamente.

Esta respuesta no llegó á oídos de la Veleta, porque en el mismo instante una de las campanas de la iglesia anunció que venia un entierro; de manera que el sonido del bronce ahogó la voz del interlocutor.

Y á medida que las vibraciones de la campana se unian en el aire, formaban como un canto fúnebre que daba un mentís á nuestros dos descontentos.

En efecto, parecia recordar á aquellos que seguian al muerto á su última morada, que todos los destinos son buenos y concurren á un objeto.

Porque el destino de cada uno ha sido dispuesto por la Providencia y todo lo que el cielo dispone es bueno,

Importa, pues, poco, que la suerte del hombre que es conducido al cementerio haya sido apacible ó azarosa, que haya vivido en la grandeza ó en la miseria, que haya gozado ó haya sufrido mucho. Lo que importa es que el hombre haya cumplido su destino.

La campana declaraba tambien que todas las estaciones son buenas, que todos los tiempos son favorables, puesto que concurren á un fin general; la hora en que un hombre muere es la en que otro hombre nace.

Esto era lo que decia la voz de la campana á los ecos de la vieja torre que repetian sus vibraciones. Comprendia el sentimiento y el dolor de los que acompañaban al muerto, pero no creia que tenian razon para desespe-

rarse. Si el hombre habia muerto en gracia de Dios, mas digno de envidia era que de lástima.

Los parientes y amigos del muerto lloraron, la fosa se cerró, el sacerdote se alejó, la concurrencia se dispersó, y un profundo silencio reinó en el cementerio que rodeaba la iglesia.

Durante largo espacio nadie interrumpió este silencio mas que los gritos lúgubres de la Veleta cada vez que una ráfaga de aire la obligaba á moverse.

Sonó ruido de pasos en la vereda abierta en el cementerio, en medio de las sepulturas; paseábase un hombre que era un antiguo marino, el cual solia escojer aquel lúgubre sitio para hacer algun ejercicio y entregarse á sus tristes reflexiones. Hubiera querido el hombre poder figurarse que se paseaba por el puente de su embarcacion, pero agobiado por la edad y los achaques, el pobre ni siquiera podia ayudar á sus hijos que ganaban el pan saliendo al mar en una barquichuela pescadora.

De tarde en tarde el viejo marino podia manejar el remo ó dirigir la barca, pero por desgracia eran muy poco frecuentes estos esfuerzos, y su forzosa ociosidad le obligaba á pensar en el pasado y reflexionar sobre el porvenir.

El cementerio evocaba en el viejo pensamientos de este género. Mientras que se paseaba á lo largo de la vereda abierta en medio de las sepulturas, pensaba en los límites que Dios pone á nuestra existencia terrestre, y al mirar

á lo lejos el mar se le figuraba ver en aquella inmensidad ese infinito, esa eternidad en que todos creemos.

Es probable que nuestro marino hubiese pensado mas de una vez en este contraste, aunque no era muy capaz de darse cuenta de sus sensaciones.

Paseábase pues, por el reducido espacio, de la vereda, y se detenia cuando llegaba á la verja que daba entrada al cementerio y á la iglesia. Sin duda esperaba allí ocasion de servirse del catalejo que tenia bajo el brazo, pero ningun buque aparecia en el horizonte.

El sepulturero que volvia al campo santo, saludó al marino; pero no cambiaron una sola palabra, porque todos los dias se veian y nada nuevo tenian que decirse.

Pero pronto el marino se detuvo en su paseo, se volvió bruscamente hácia el lado del mar, llevó la mano á su gorra, que el aire amenazaba llevarse, levantó la cabeza para examinar el aspecto del cielo, miró luego en derredor, consultó la veleta, y permaneció pensativo un momento.

En fin, pasando por entre las tumbas se dirigió hácia el pedestal donde el reló esperaba los rayos del sol, que aquel dia no llegaban hasta él sino á largos intervalos.

—Si las nubes se disipáran..... murmuró el viejo hablando consigo mismo.

Su deseo no tardó en cumplirse; un golpe de aire limpió el cielo, y la luz, inundando de pronto el cuadrante, proyectó la sombra de la aguja sobre el punto que indicaba las tres.

(Se continuará.)

EL CORAZON

A MI QUERIDO AMIGO D. CARLOS FRONTAURA



—Dime, inquieto corazón
que late bajo mi mano,
¿qué dice tu diapasón?

—¡Que soy el péndulo humano!

Y á cada impulso oscilante
que en tí puedes percibir,
marco el tiempo en el cuadrante
de tu vida hasta morir.

Con mi rítmico vaiven
al hombre culto gobierno,
y le encamino al Edem
ó le hundo en el Infierno.

Soy el que en la adversidad
fuerza le presta al cristiano,
mientras que en la eternidad
le premia el Dios soberano.

Hago al jóven generoso
al anciano retraído,
allí oscilo vigoroso,
aquí es muy lento mi ruido.

Soy quien dilata el espejo
de la inspiración divina
y hago irradiar el reflejo
que al genio humano ilumina.

Y también soy quien alienta
con redoblado compás,
al que en batalla sangrienta
me domina más y más.

Yo soy quien cambia el color
transparentado en la frente
de aquel, que el dardo de amor
dentro de su pecho siente.

Soy el que la humana nave
entre fieras sirtes rijo
y el ricio viento, suave
torno, si el timón dirijo.

Por mí gozan ignoradas
dichas y ocultas delicias
las madres magnetizadas
por infantiles caricias.

Y también soy quien advierte
al hombre que está cercano
el instante de su muerte,
y que el mundo es humo vano.

Y en fin, soy el que cumplida
la fuerza que Dios me diera,
romperé la humana esfera
en el reló de la vida.

RAMON T. MUÑOZ DE LUNA.



EJÉRCITO ESPAÑOL



CORACERO



GUARDIA CIVIL



HÚSARES

UN PASEO POR LAS PIEDRAS.

—No saldremos hoy, dijo María, preciosa niña de mejillas sonrosadas y cabellos de oro. —Las gallinas no han salido del gallinero cuando las he abierto la puerta, y esa es señal de que va á llover.

—Mucho lo siento, dijo Arturo, hermano de María, porque me gusta mucho ir á paseo al bosque.

—A mí también me gusta el bosque, añadió María, pero lo que no me gusta es ese camino lleno de guijarros puntiagudos que hay que pasar para ir allá.

—¿Y por qué no te gustan los guijarros? dijo el padre, tomando parte en la conversacion.

—Primero porque son duros y me estropean los zapatos, dijo María, y luego porque un guijarro es una cosa que no sirve mas que de estorbo.

—Pues el gran poeta Shakspeare ha dicho que cada piedra dice mucho.

—Pues yo jamás les he oido decir una palabra.

—Será porque no conoces su lenguaje, y además las cosas no hablan mas que á los que las escuchan.

—Por mas que yo escuche, las piedras nunca me dirán nada.

—Te dirán su historia, sus metamorfosis, sus revoluciones. Han tomado parte en grandes acontecimientos en un tiempo en que no habia historiadores que los describieran.

—¿Cómo podemos saber entonces lo que ha pasado?

—¿No te he referido así como á tu hermano, los gloriosos trabajos de algunos sábios que se dirijieron á países

lejanos en busca de monumentos artísticos? ¿Qué han hallado? Ruinas, inscripciones mas ó menos borradas. Con ayuda de esas piedras mudas han conseguido reconstruir en parte la historia, el idioma y las tradiciones de los pueblos civilizados...

—Sí, pero las piedras...

—Son monumentos de otro género, monumentos de la historia de la naturaleza.

—Creo comprender, dijo Arturo, pero los guijarros no tienen inscripciones.

—En eso es en lo que te equivocas. Esas inscripciones no están, en verdad, trazadas por la mano del hombre, porque segun toda probabilidad no habia entonces hombres sobre la tierra.

—¿Quién ha podido escribir en ese caso sobre las piedras?... preguntó la gentil María.

—Todo eso, dijo el padre, necesita cierto método para ser explicado. Es preciso comenzar por el principio. Puesto que hoy llueve y no podemos salir, ¿quereis, hijos míos, dar un paseo conmigo?

—Sí, sí, exclamaron María y Arturo.

El padre los condujo á su gabinete, donde tenia reunidos varios guijarros sobre la cornisa de su librería. Habia de diferentes formas y de colores diversos, pero la mayor parte se parecian mucho á las piedras mas ó menos redondas que se encuentran en los caminos.

—Notareis en primer lugar, les dijo, que estas piedras son dulces al tac-

to, y que los ángulos están gastados, como en piedras que han rodado largo tiempo sobre la arena por efecto del movimiento de las aguas.

—¡Ay! es verdad, observó María, las habrá Vd. cogido á la orilla del mar donde las hé visto yo iguales cuando fuimos este verano á Portugaleta á tomar baños.

—Te engañas, hija mia, las hé cogido en ese endiablado camino que tanto os disgusta por respeto á vuestro calzado; es decir, en un sitio que estará ahora á mas de cuarenta y cinco millas del mar.

—¿Por qué dice Vd. que *estará ahora?*... ¿Pues no ha sido siempre así?...

—No; esas piedras no han sido traídas á ese sitio por la mano del hombre, Por esa y otras circunstancias que os explicaré mas tarde, esas piedras dicen claramente que el mar cubría antes ese camino y aun nuestro jardin, por que en él las encontrareis semejantes.

—¿Y hace mucho tiempo de eso? preguntó María. Mi abuelito que se acuerda de tantas cosas, se acordará de cuándo sucedió eso. Luego se lo voy á preguntar.

—Es inutil que se lo preguntes. Cuando se habla de cambios y transformaciones que se han verificado en la superficie de la tierra, siempre hay que remontarse á épocas remotísimas. Lo que llamamos un siglo es como un dia en el trabajo lento de la naturaleza.

—Bueno; esos guijarros los ha traído el mar y ya me explico su forma redonda, dijo Arturo, pero ¿de dónde venian? No creo que hayan nacido en el fondo del agua como las setas.

—Tienes razon, hijo mio. No hay

nada que no proceda de algo, y las piedras no nacen y crecen como las plantas. Esos guijarros eran en su origen fragmentos de roca de una forma irregular, que las olas han pulido y redondeado frotándolos unos con otros. Es lo que sucede todos los dias. Ya habeis visto los trozos que se desprenden constantemente de esas enormes y sólidas masas de piedra. Algunos de esos pedazos de roca ruedan hasta el mar. La misma arena que se amontona en la embocadura de los rios y en la entrada de nuestros puertos, no tiene otro origen. Esas arenas son rocas pulverizadas. Se encuentra en su grano la sustancia de las grandes rocas escarpadas que sirven de barrera al Océano. El agua, el viento, la accion del aire exterior son como otras tantas limas que reducen á polvo hasta el mismo granito, uno de los más duros minerales.

—Sin embargo, todas las piedras no son redondas, dijo Arturo escogiendo en la coleccion de su padre algunas muy gruesas, negras y cubiertas de una capa de greda.

—Es verdad, y me alegro de que lo hayas notado. El origen de esas piedras es más oscuro. Todo hace creer que la sustancia de que se componen ha estado suspendida en la masa fluida del mar, y luego un dia se ha precipitado en el fondo del mismo mar, en la greda ó la arcilla, donde por efecto de ciertas acciones químicas se ha convertido en un cuerpo muy duro conocido con el nombre de *pedernal*. Frotando estas piedras con un pedazo de acero, se obtenía la luz destinada á producir el fuego, antes de la invencion de los fósforos. Si la formacion de esas piedras

no está aun claramente explicada, sirven á lo menos como las otras á atestiguar la existencia del mar. Esto es lo que deseaba demostraros. El lugar que habitamos ha estado algun tiempo cubierto por las aguas. Entonces no había aquí ni bosque, ni pradera, ni animales terrestres. No hubiérais podido vivir aquí sino siendo peces.

—Ya conozco que hice mal en despreciar á los guijarros y les pido perdón humildemente, dijo María, puesto que me enseñan lo que yo nunca hubiera podido adivinar. Saben más de lo que yo creía.

—Esos guijarros, observó el padre, no merecían ciertamente tu indiferencia. Algunos tienen muy bellos colores y pueden servir de adorno sobre una chimenea. Mirad aquí algunos que yo mismo hé cortado y pulimentado.

—¡Qué bonitos! exclamó María, cogiendo algunos; ¡qué venas! ¡qué colores tienen! ¡Cómo son diferentes de los otros?

—¿No os hé dicho que se habían desprendido de las rocas? Pues bien; las rocas que bordeaban estos antiguos mares, no eran todas de la misma edad.

—¿Tienen edad las rocas?

—Lo mismo que vosotros y yo. Unas han nacido despues que otras, ni más ni menos que las generaciones de hombres que se suceden sobre la superficie de la tierra. La aparicion de las grandes masas mineralógicas ha señalado épocas en la historia de la naturaleza. Las piedras que son muestras, fragmentos de esas rocas madres forman una especie de cronología del globo terrestre.

—¡Cuánto me gustaría saber la edad

de esas piedras! exclamó María, con la curiosidad de Eva en los ojos.

—Eso depende de tí misma. Será preciso que estudies la ciencia que trata de las antigüedades de la tierra. Cuando os hablo de la edad de esas piedras, no os quiero decir que podríamos fijar el año ó el siglo en que tal ó cual roca se formó. Las épocas de la naturaleza no se prestan á esos cálculos ni á esas fechas positivas. Lo que podreis decir con certeza es que tal roca existía antes que tal otra. Ireis todavía mas lejos: podreis indicar algunas de las causas que han precedido á su aparicion y las plantas y los animales que vivian entonces en la tierra.

—Pero no serán las piedras las que me enseñen nada de eso.

—¿Por qué no? las piedras son las medallas de la creacion. Algunas de estas medallas no tienen ninguna efigie, ninguna inscripcion; otras, por el contrario, llevan el sello de la vida, que ha puesto la naturaleza.

—Ahora sí que no entiendo una palabra, dijo María.

—Pronto lo vas á entender. Mira esta piedra de granito, que fácilmente se conoce en su composicion cristalina. En vano buscarás en ella ninguna señal, y todo hace creer que es de un tiempo en que no habia ni plantas ni animales.

—¡Jesús! ¡qué aburrido estaria el mundo!

—Mira este, dijo el padre.

—¡Ay! un caracol, exclamaron los dos niños admirados.

—Sí; un caracol incrustado en la sustancia de la piedra.

—Y tan pequeñito, tan delicado...

—La naturaleza ha cuidado lo mis-

mo de los grandes que de los pequeños animales, y aun de los pequeños ha conservado mejor las formas.

—Pero ¿cómo una cosa tan pequeña ha podido incrustarse en una piedra tan dura?

—Para esto era preciso que la piedra fuera entonces una sustancia blanda.

—Ay ¡una piedra blanda! Yo creía que las piedras siempre habían sido duras. Por eso se dice del malvado que tiene el corazón duro como la piedra, observó Arturo.

—Lo son hoy. Pero la presencia de los restos y vestigios de los animales que se encuentran en esa forma dice que en aquella época la piedra ó la roca en que se incrustaron, era una sustancia húmeda y blanda como la que hoy se halla á la orilla del mar.

—Examinad estas otras piedras, y encontrareis en el interior ó en la superficie, otros muchos vestigios de animales marinos que han vivido en las mismas aguas; mira aquí una espina, grabada en hueco y que ha pertenecido á un equinodermo.

—¿Y este otro bordado que hay en esta piedra y que parece hecho con una aguja encantada? preguntó María señalando una piedra redonda que presentaba admirables dibujos.

—Esa es la huella de un erizo de mar, animal que los sábios llaman *esquino*.

—Recuerdo, dijo Arturo, haber encontrado uno parecido á la orilla del mar.

—Parecido podrá ser, pero te advierto que ninguno de los animales que existían entonces existen ahora. Están más ó menos representados en la naturaleza actual por familias de sé-

res organizados que se les parecen á primera vista, pero cuyos rasgos son muy diferentes á los ojos de los naturalistas, que observan con más atención.

—¿Ha habido en el mundo animales que ahora no conocemos?

—Sin duda, y muchos de que nunca hubiéramos tenido noticia si no hubiéramos hallado sus despojos en las entrañas de la tierra. Varias de estas piedras representan épocas distintas de la naturaleza, y en cada una de estas épocas los mares estaban habitados por los moluscos, crustáceos, peces, reptiles desconocidos hoy. Difierían grandemente por su forma de los mismos animales acuáticos que hoy pueblan nuestros mares. Todo lo que de ellos conocemos es la efigie de piedra que ha querido conservarnos la naturaleza. Las piedras no son, ni mucho menos, los únicos monumentos que perpetúan en cierto modo los anales del mundo físico. Su poco volúmen las hace comparables con las medallas. Y sin embargo, ya veis que abundan en inscripciones escritas por la naturaleza, que es preciso saber descifrar. La naturaleza, hijos míos, escribe á su manera. Todo lo que existe tiende á dejar una huella. La gota de agua que cae del cielo va á formar un hueco sobre la arena. Es verdad que el viento, la ola y otras mil circunstancias borran generalmente esa débil huella. Se han encontrado sin embargo en sitios arenosos endurecidos de mucho tiempo señales visibles de las gotas de lluvia que habían caído allí hace miles de miles de años. Las piedras, ya lo habéis visto, son también las páginas de ese libro universal en el cual la natu-

raleza ha escrito su historia. Han guardado como blanda cera, luego endurecida, algunos rasgos de los seres organizados que pasaron por la tierra. Estas reliquias son regularmente muy poca cosa, una espina de pescado, un fragmento de concha, la señal de algunas escamas. No es raro tampoco, rompiendo la piedra encontrar en el interior el animal entero. Aquí tengo uno perfectamente conservado que yo mismo he descubierto.

—¡Qué bonito! exclamó María, parece una estrella.

—Se le llama en efecto estrella de mar. Sus descendientes viven en nuestros mares, pero han cambiado de forma, y en toda la naturaleza viviente no encontrareis ninguno igual al que estais viendo.

—Eso de cambiar de forma, dijo Arturo que deseaba mostrar su erudicion, se llama *metamorfosis*. Al profesor de latin le he oido hablar de las *Metamorfosis de Ovidio*, pero creí que serian fábulas.

—Las de la naturaleza no se parecen, hijo mio, á las de la mitología.

No se verifican súbitamente y por el capricho de los poetas. Son cambios lentos, graduados, relacionados unos con otros, dispuestos por la sabiduría inmensa de Dios, Señor de todas las cosas.

—Se necesita ser tan sábio, como Vd. dijo María, para encontrar todas esas preciosidades.

—Todo el mundo, hija mia, puede encontrarlas.

Se trata únicamente de buscar bien; verdad es que para estas cosas se tiene vista mas segura cuando se ha aprendido algo con provecho. Mil y mil personas habrán pasado por junto á estas piedras antes de que yo las cogiera, y nadie ha reparado en ellas. Todos los dias las ruedas de las carretas trituran infinidad de ellas, tan curiosas como estas,

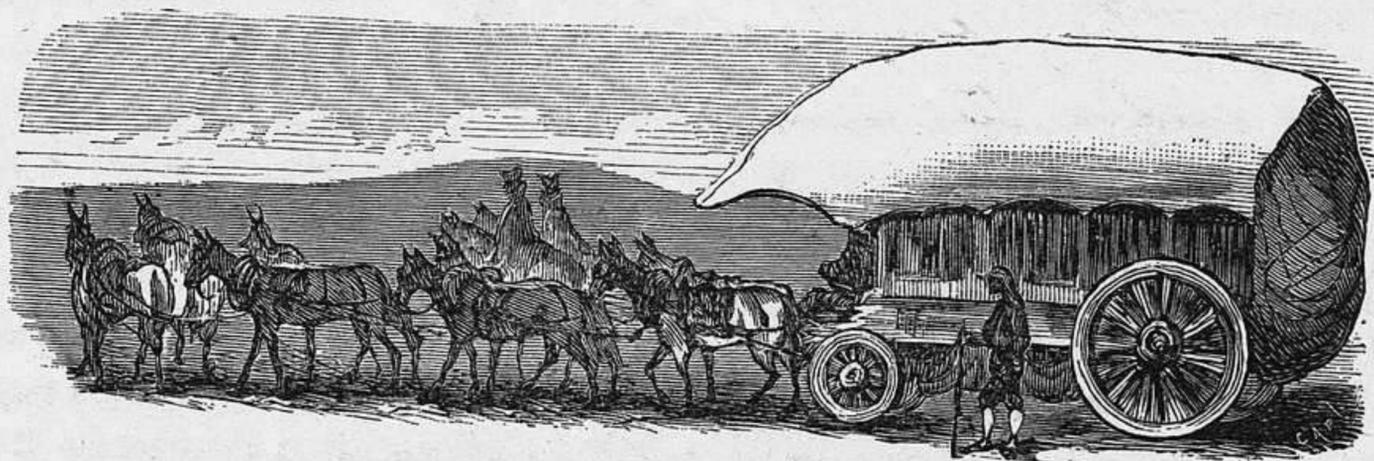
—Y basta de paseo, hijos mios.

—¿Qué paseo? preguntó María.

—¿Os parece que no ha sido esta conversacion un paseo por el campo del pasado?...

—Eso es verdad.

DR. JONATHAN FRANKLIN.



AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

El siguiente soneto fué escrito por el eminente actor, gloria de la escena española, y distinguidísimo poeta don Julian Romea.

De los artistas dramáticos no quedan regularmente mas que el recuerdo, pero de D. Julian Romea, no solo ha quedado imperecedera memoria en los anales del Teatro español, sino que tambien una buena coleccion de poesias prueban el ingenio peregrino, la delicadeza de sentimientos y el gusto literario del

inimitable intérprete de *El hombre de mundo*, *El qué dirán* y tantas joyas de nuestro teatro.

Don Julian Romea falleció hace unos tres años en los baños de Loeches, á poco de llegar buscando alivio á sus padecimientos, y está sepultado en el cementerio de San Sebastian.

Era esposo de doña Matilde Diez, otra de nuestras glorias escénicas, á quien tanto quiere el público de Madrid que nunca se cansa de aplaudirla y celebrarla.

*A Cristo en la Cruz**Soneto*

*A la asombrada tierra en anchas gotas
 llega la sangre que á su bien destinas,
 y humilde en ese leño te reclinas,
 ¡Ay que la tempestad viges y arotas!*
*Las nobles palmas por los clavos rotas,
 coronado de bárbaras espigas,
 la frente illustre ante tu hechura inclinas
 y en tu propia bondad tu acero embotas.*
*¡Perdon, mi Dios! y templa tus enojos
 viendo á los hombres que en su imbecil
 caña
 sobre tu sien pusieron los abrojos
 Y entre tus manos la irrisoria caña,
 levantan hoy los espantados ojos
 con torpe miedo á contemplar
 su azaña.*

J. Romea



¡Qué dolor! La señorita Angustias, la muñeca de Lucía, su íntima amiga, la confidente y depositaria de todos sus secretos se ha caído y se ha roto un brazo.

Lucía está inconsolable. Lloro amargamente, y es imposible describir su aflicción, su profundo dolor, y este dolor es mayor porque la paciente ni se queja siquiera. Es hasta donde puede llegar la abnegación.

Pepito, hermano de Lucía, que ha recibido en sus brazos á la pobre víctima, está aterrado ante semejante desgracia.

LOS DOS ARROYOS

Un mismo manantial surtía á dos arroyos. El uno dirigia su curso hácia un magnífico parterre, y era objeto de los mayores cuidados; se le hizo una especie de canal mas en pendiente, se le encerró en tubos de plomo, y se le llevó hasta una fuente para hacer bonitos y caprichosos juegos de agua. El otro, descuidado, oculto entre maleza, corría hácia una humilde huerta que nada tenia de encantadora. Sus aguas, sin embargo, penetraban silenciosa y dul-

cemente en la tierra y la fertilizaban; pero aunque proporcionaba una benéfica humedad á la lechuga, el ápio, las berzas, las patatas, el cardo y mil y mil frutos necesarios para la vida, nadie se dignaba mirarle ni de nadie merecía la menor alabanza.

¡Cuántas veces, hijos míos, encarecemos la inútil obra de un artista presuntuoso, y olvidamos al útil artesano que trabaja en la oscuridad, y contribuye á nuestro bienestar!



El momento es solemne.

Pepito, tiene afición á la carrera quirúrgica, y se ha propuesto curar hasta cierto punto á la señorita Angustias. Ha llegado el momento de hacer la operacion.

Pepito, convenientemente ataviado como un profesor respetabilísimo que es, y teniendo por ayudante á su primo Luisito, vá á proceder á pegar con lacre el brazo á la paciente, único medio que, despues de profundos estudios, ha encontrado para reparar tan terrible avería.

La muñeca no quedará tan bien como estaba antes de perder el brazo, pero, vamos, podrá pasar hasta que llegue el dia de la abuelita, en cuyo dia esta comprará otra muñeca á su nieta, y doña Angustias irá al Hospital de incurables que para todos sus juguetes tiene establecido Lucía en la guardilla.

Lucía procura dár ánimo á doña Angustias para sufrir la operacion, pero bien se vé que mas necesita de consuelos ella misma que la muñeca.

¡Qué fortaleza la de esta! Ni siquiera muda de color en tan criticos momentos!

À LOS SUSCRITORES DE LOS NIÑOS

Este número se reparte con notable retraso porque la fundicion que se ha empleado en él, no estaba concluida el dia que pensábamos.

Esta falta no volvera á repetirse, y como verán nuestros suscritores el tomo que hoy comienza, vá á superar en belleza en la parte mate-

rial y artística á los dos publicados.

El Almanaque de Los Niños le tendrán en su poder todos nuestros abonados en lo que falta de mes.

Las viñetas y la fundicion de los nuevos tipos, que tambien se emplean en ese librito justifican el retraso.